

Justicia gratuita y no hereditaria;
 Libertad de comercio regulada;
 Protección á las artes manufactureras;
 Montes de piedad y cajas de ahorros;
 El territorio francés abierto con ejercicio de todos derechos á los extranjeros que quieran naturalizarse en él;

Las propiedades de la Iglesia aplicadas en beneficio del Estado;

Los obispos y los ministros del culto elegidos por los de su profesion ó por sus feligreses;

Libertad de cultos,
 La conciencia de los ciudadanos independiente del poder civil, etc.

Tales eran los proyectos de Fenelon para cuando se le llamase al ministerio. Si el duque de Borgoña hubiese vivido y si Fenelon hubiera conservado sobre él el ascendiente que tantos actos de ausencia no pudieron disminuir, 1789 hubiera comenzado en 1715 y la monarquía reformada hubiese sido la república cristiana con una cabeza.

Pero no es dado á un solo hombre adelantarse á un pueblo, y la Providencia iba á derribar en la tumba prematura del príncipe, las ideas, proyectos, virtudes, sueños, ambicion, esperanzas y vida del filósofo.

XIV.

Sobre la familia real soplabá un viento de muerte; todo iba cayendo con anticipacion alrededor de Luis XIV próximo á caer. La duquesa de Borgoña, delicia de la corte y amor de su marido, murió inesperadamente arrastrando á su esposo al sepulcro. El golpe fué tan pronto como terrible, y Fenelon no tuvo tiempo para preparar su corazón sabiendo casi al mismo tiempo la enfermedad y muerte de su discípulo. El discípulo que se habia hecho la perspectiva de la Francia que esperaba su reinado como el de la virtud y felicidad pública. Fenelon habia corregido y perfeccionado en aquella alma la obra bosquejada por la naturaleza de un príncipe perfecto.

«¡Qué amor por el bien! dice el menos adulator de los historiadores. ¡Qué abnegacion, qué intenciones tan puras, qué efectos de la Divinidad en aquella alma cándida, sencilla y fuerte que habia conservado sus huellas tanto como es posible: conservarlas en la tierra! ¡Con qué naturalidad daba gracias á Dios por haberle preservado del trono y de la responsabilidad que lleva consigo! ¡Qué ardiente amor de Dios! ¡Qué magnífica idea de la infinita misericordia! ¡Qué confianza en Dios, qué dulce paz, qué dulzura! ¡Qué caridad que lo elevaba á Dios...! La Francia cae bajo su último castigo; Dios la mostró un príncipe que

no merecía, la tierra no era digna de él...»

Ahora bien, estas virtudes, esta santidad, estas esperanzas aparentes y perdidas, Fenelon las habia formado; el maestro desaparecía con el discípulo; Fenelon moría con el duque de Borgoña.

No pronunció mas que una palabra: «Todos mis lazos se han roto... nada me une ya á la tierra.» Y en efecto, su vida no tenia para en adelante ni móvil ni objeto, y el reinado que habia soñado para el género humano habia sido enterrado con el Germánico de la Francia: «Se ha mostrado al mundo y ha desaparecido» escribía algunas semanas despues al duque de Chevreuse, confidente de sus lágrimas: «Estoy horrorizado y enfermo sin tener mas enfermedad que el sobresalto. Al llorar al príncipe muerto, me siento inquieto por los vivos; el rey debería hacer la paz. ¡Si fuésemos á caer en las tempestades de una minoría! Sin una madre, sin regente, con una guerra desastrosa en el exterior y en el interior todo agotado... Daria hasta mi vida no solo por el Estado, sino por los hijos de nuestro querido príncipe, quien ahora vive mas en mí que durante su vida.» Aconsejábale también al duque de Beauvilliers que persuadiese á madama de Maintenon de la necesidad urgente que tenia el rey de formar un consejo de gobierno á cuya cabeza estuviesen sus virtuosos amigos. «Espero poco, le decia, de esa favorita, llena de visiones, de celos, de pequeñeces, de rencillas, enojos y sutilezas mugeriles.» Exhortaba también Fenelon al duque de Chevreuse á que no rehusase por una mal entendida modestia á entrar en el consejo de regencia; y aquel gobierno compuesto de aquellos á quien él habia inspirado, hubiera sido el del duque de Borgoña. Fenelon proseguía el sueño de su vida por la felicidad de los pueblos hasta en el sepulcro del príncipe por quien habia soñado, y queria hacerle reinar despues de su muerte. En medio de este pensamiento, que no abandonó hasta el fin de su vida, temia que el rey descubriese entre los papeles del duque de Borgoña un escrito que hubiera parecido á aquel monarca crimen menos perdonable todavía que el *Telémaco*. Era este libro la *Dirección de la conciencia de un rey*; código de piedad, de tolerancia, de obligaciones para con el pueblo, y que en cada una de sus líneas contenía una acusacion contra el egoismo, contra la intolerancia, contra la gloria onerosa y personal de Luis XIV. Los amigos de Fenelon hicieron desaparecer el manuscrito de entre los papeles del príncipe.

XV.

Pero la muerte de los dos amigos de Fenelon, los duques de Chevreuse y de Beauvilliers,

hizo caer aquella última quimera del bien público; la santa ambicion de su amigo murió con ellos. Fenelon apartó sus miradas de la decadencia y de las calamidades del reinado que terminaba, y se entregó por completo á los pensamientos inmortales. Sus obras y su correspondencia de esta época llevan impresa la melancolía, que en los hombres mundanos es el desfallecimiento de una vida engañada, pero que en los hombres de fé no es mas que quitar las esperanzas de lo terrestre para ponerlas en Dios. Escribió del mismo modo que Sócrates habló en su última hora, sobre la inmortalidad del alma. Quedábale por lo menos la amistad, pero perdió la mejor parte con el abate Langeron, el discípulo, el confidente, el apoyo de su corazón en todas las fases de su vida. El abate Langeron murió en los brazos de su maestro. «Ah no tengo la resistencia que me suponéis, escribía Fenelon á un amigo común que le felicitaba porque su piedad le disminuía el sentimiento de las separaciones humanas: confieso que llorando á mi amigo me he llorado á mí mismo; tengo una especie de languidez interior y no me consuelo sino por el causancio del dolor. Por lo demas nuestro querido amigo ha muerto previendo su porvenir tan claro y dulcemente que os hubieseis enternecido. Aun cuando sus ideas estaban un poco confusas, todos sus sentimientos eran de esperanza, de paciencia y de abandono en las manos de Dios. Os refiero todo esto para no afligiros con mi tristeza, sin presentaros al mismo tiempo el gozo de la fé en el dolor de que habla San Agustín, y que Dios me ha permitido conocer en esta ocasion. Dios he hecho su voluntad prefiriendo la felicidad de mi amigo á lo que era en este mundo mi consuelo. Yo le ofrecía lo que tanto temia perder...»

«Yo que solo vivo de amistad, esclama en otro lado hablando de esta misma pérdida, será la amistad la que me haga morir! Pero pronto encontraremos lo que creemos perdido; ¡algun tiempo mas y ya no tendremos que llorar!»

XVI.

Entróle una calentura cuya causa estaba en el alma, el primer día del año de 1715 y en seis dias consumió la poca vida que los años, el trabajo y el dolor habian reservado en el corazón que tanto habia prodigado á los hombres. Murió como santo y como poeta, haciendo que le leyesen en los cánticos sagrados los himnos mas sublimes y dulces que á la vez elevaban su alma y su imaginacion al cielo. «Repetidme otra vez ese pasaje, decia al lector. Otra vez, otra vez, nunca se oyen de sobra las palabras divinas,» decia cuando el lector

callaba creyendo que se habia dormido. Era insaciable de este gusto anticipado de la inmortalidad. — «Señor, exclamó una vez, si todavía soy necesario á vuestro pueblo no rehuyo el trabajar, poco me queda de vida: hágase vuestra voluntad.» Estas palabras conmovieron á los concurrentes y el abate de Chanterac su primero y último amigo, le dijo: «Pero por qué nos dejáis? ¿Quién nos queda en medio de tanta desolacion? Acaso las fieras vengan á devorar vuestro rebaño.» Fenelon solo respondió con una mirada tierna y un suspiro. Al amanecer del siguiente día espiró dulcemente con una resignacion parecida al gozo, entre los rezos y la amistad.

El abate Chanterac, como si nada hubiese tenido que hacer en la tierra despues de muerto aquel para quien vivía únicamente, murió de dolor despues de los funerales de su amigo. Toda Francia llevó en el alma el luto de su poeta y de su santo, y hasta Luis XIV pareció notar al fin, aunque demasiado tarde, que faltaba un alma grande á su imperio y una fuerza á su ancianidad. «Era hombre, exclamó, que hubiera podido ser muy necesario en los desastres que van á caer sobre mi reino.» Vano arrepentimiento póstumo, que solo aprecia al genio que perece y á la virtud que está en el sepulcro!

XVII.

Así vivió y murió Fenelon. Su nombre se ha hecho popular y mas inmortal todavía que sus obras, porque prodigó mas alma que genio en sus obras y en su siglo. Lo que en él agrada es él mismo; su nombre es su inmortalidad. Son los hombres mas justos de lo que se cree en sus retribuciones. Fenelon amó, este fué su genio, fué amado, esta será su gloria. De todos los grandes hombres del siglo de Luis XIV, ninguno ha dejado á la contemplacion mision tan dulce: hay ternura en el acento de cualquier hombre que hable de Fenelon. Su poesía encanta nuestra infancia, su religion respira la dulzura del cordero símbolo de Cristo; su misma política solo adolece de los errores é ilusiones del amor engañado; toda su vida es el poema del hombre de bien en lucha con las imposibilidades del tiempo.

De los bienes que meditaba, se dice, ninguno practicó; pero hizo mas: dió la idea de ellos; aplicó en su pensamiento el evangelio á la sociedad, quiso el reinado de Dios sobre la tierra, enseñó á los reyes los derechos sagrados del hombre sobre la tierra, enseñando á los pueblos las obligaciones del ciudadano. Sintió sed de igualdad cristiana, de libertad moderada, de justicia, de moral, de caridad en las relaciones con los gobernantes; fué el tribuno de la virtud, el profeta del mejoramiento.

to social. ¿Podrá preguntarse todavía lo que hizo? Berramó su alma en el alma de los siglos, dulcificó y cristianó el genio de Francia; podrá ser algunas veces el poeta de las quimeras, pero siempre es el poeta de la caridad. Débele la conciencia una virtud mas, la tolerancia: los tronos una obligacion mas, el amor de los pueblos; las repúblicas una gloria mas, la humanidad. Francia ha tenido genios mas varoniles, pero no ha tenido ninguno tan tierno. Si el genio tuviera sexo, podría decirse que Fene lon tuvo la imaginacion de muger para soñar

el cielo y su alma para amar la tierra. Cuando se pronuncia su nombre ó cuando se hojean sus obras todos creen ver su figura; y escuchar la voz de un amigo. ¿Hay alguna gloria que sea mayor en elevacion y solidez á tanto amor?

Si se quisiera hacer su epitafio podrian grabarse en él estas palabras: Hombres tuvo la Francia que la hicieron mas temida ó mas brillante; pero ninguno la hizo tan amada de las naciones

SÓCRATES.

veinte años el corazon no brota mas que himnos; esta edad teniamos cuando escribimos la muerte de Sócrates.

III.

Todo el mundo conoce este nombre, sinónimo de sabiduria; pocos son los que conocen su doctrina; pero nadie conoce su vida, y si solo sus conversaciones y su muerte.

Sócrates no es un profeta, no es un revelador, ni es el fundador de una religion ó de una secta; no habla á los hombres en nombre de Dios, no les impone ninguna fé, no se envuelve entre los misterios, no promulga oráculos, no hace prodigios: es un hombre, tiene de este hasta sus debilidades y sus dudas. Pero vive bien, habla bien y muere bien; es decir, que cumplió simplemente en toda su humildad y en toda su grandeza, la mision que la Providencia impone á los hombres de la tierra, la de pensar con justicia, vivir honradamente, y morir con esperanza.

Este es Sócrates, la encarnacion mas pura del buen sentido y de la filosofia práctica que la Grecia, su patria, demostró á la antigüedad.

Pocas cosas diremos de su vida, porque para él, vivir fué pensar. Nosotros referiremos aquí sobre todo su muerte, el acto mas hermoso de esta vida; y la referiremos con el lenguaje que debe eternizar las cosas eternas, es decir, con el lenguaje de la poesia. Nuestros lectores encontrarán acaso, cierto deleite imprevisible; pero permitido á la avidez de nuestras relaciones en prosa, en este canto épico y filosófico compuesto por nosotros, en una edad en que el hombre canta antes de raciocinar. A los

Sócrates era de Atenas, capital política, letrada, artistica de aquella Grecia que era entonces sobre todo la capital del espíritu humano. Sócrates era hijo de un pobre escultor, y de una matrona. Se asegura que estas dos profesiones que procuraban el sustento á su familia, le dieron, con las primeras impresiones de su infancia, las primeras vocaciones de su genio: como su padre el escultor, adoraba la belleza, la buscaba y la reproducia en el alma, como el artista la reproducia en la piedra; como su madre ayudaba al hombre á salir á la luz, y le alimentaba con la verdad.

El jóven Sócrates tuvo mas trabajo y mas mérito que otro hombre cualquiera, en el mero hecho de esculpir y pulimentar en si mismo este modelo de la belleza intelectual, que fué la pasion y el trabajo de su vida. La naturaleza no le dió al formarle ninguno de aquellos nobles atractivos corporales de que generalmente están dotados aquellos favoritos de la Providencia, que llevan en sus facciones los signos esterióres de aquella belleza y de aquella virtud que revelan su alma al través del velo de los sentidos. Era pequeño de estatura, de hombros altos y anchos, como los de un hombre destinado para cargar con los trozos de mármol en el taller de su padre; el cuello era ancho y corto, la cabeza redonda y no en forma ovalada, la boca hundida para reir, los labios gruesos para la sensualidad, la nariz informe y levantada de Sileno, los ojos alegres, la frente ruda, prominente. Esta fisonomia,